



SALA VIP

Llega el renacimiento

Serafín Fanjul

Si usted embarca en un avión de la compañía egipcia de bandera, lo primero que encontrará frente a sus ojos en el corredor de acceso a la cabina de pasajeros será un Corán embutido en la pared; al despegar, la megafonía interior le alegrará la vida con versículos del mismo Libro y no se le ocurra solicitar a bordo ni una inocente cerveza porque su petición suscitará mohínes de desagrado –quién sabe si hasta sinceros– por parte de sobrecargos y aeromozas. Ya en las calles de la capital del Nilo, comprobará que casi todas las mujeres van bajo la pañoleta y

Tal vez la sociedad española actual está necesitada de un renacimiento moral

el *faldamento* y, si alguna –probablemente cristiana– no se somete a la presión social (recordamos de nuevo que islam significa “autosometerse”) y sale a la calle con el pelo al aire, gran pecado, arrostrará insultos soeces. También puede usted entretenerse leyendo literatura censurada (incluso obras clásicas como *Las mil y una noches*, por ejemplo), con las noticias sobre matanzas de coptos, intermitentemente acusados de ofender al islam y a su Profeta, verbigracia por comer a las horas prohibidas de ramadán o, el colmo, criando y consumiendo cerdos. No es una acumulación de ejemplos exagerados, sino la vida cotidiana en un país islámico. Y no de los peores.

Así pues, felicitémonos porque ya tenemos entre nosotros el Renacimiento. Mas no se ilusionen con la esperanza de disfrutar un gratificante aguacero de *Madonnas* de Fra Angélico o Giotto, de versos de Petrarca o, al menos, de picanterías de Boccaccio y Aretino. Más bien, abandonad toda esperanza, por seguir en la misma época de bellezas florentinas, lo que ha llegado es el Partido del Renacimiento y la Unión de España, un partido confesional islámico, es decir un trasunto del Baas, pues eso significa en árabe, “el renacimiento”, aunque en versión pietista y beata. Y no menos resuena uno de los lemas más frecuentes en la jerga política árabe (*al-wah-*



da, la unidad). El nuevo partido –que viene a sumarse a los ya existentes de confesión musulmana de Ceuta y Melilla– no va a inventar problemas nuevos ni a crearlos, tan sólo encauzará, tal vez, hipertrofiará los ya existentes. Por mucho que aseguren acatar nuestra ordenación jurídica y política, los problemas reales están en el día a día y habrá que esperar a ver cómo actúan, no cómo hablan.

Quizás la expresión de Huntington, “choque de civilizaciones”, resulte en exceso dramática, demasiado generalizadora, pero en varios de los aspectos que cita y los datos que enumera hay tanta realidad que es imposible ignorarla. Si señala la presencia de musulmanes en tres de cada cuatro conflictos interétnicos y culturales registrados en los últimos veinte años, éste constituye un hecho que podemos considerar –desde la perspectiva musulmana– con una visión paranoica, pues quedará probada la conspiración antiislámica universal; o ignorar el dato, como se viene haciendo en los países occidentales, por lo menos hasta el 11 de setiembre de 2001; o concluir que algo debemos hacer más allá de autoinculparnos y asumir nuestra maldad innata, sin que los musulmanes hayan de cargar con responsabilidad alguna en los actos de su

vida cotidiana, política y cultural, que ellos mismos producen.

Han pasado catorce siglos y esta filosofía de base permanece vigente y dando buenos resultados para los objetivos buscados: fortalecimiento propio y mengua de los demás grupos mediante la asimilación de mujeres ajenas y de sus hijos. Esta endogamia condiciona por entero la relación de todos los musulmanes con los miembros de otras comunidades, al ser las mujeres musulmanas inaccesibles por vías normales. Las cortapisas en el vestir, en las relaciones sociales (hasta infantiles) o laborales, van encaminadas a producir el mismo efecto de aislamiento de la mujer musulmana. Una falta de equidad y reciprocidad –o sea, automarginación– en un terreno tan determinante como el sexual, que produce el rechazo y antipatía inmediatos de la comunidad mayoritaria. La imposibilidad de normalizar a través de las relaciones familiares la visión de las otras gentes engrosa el desconocimiento y, por tanto, los focos de tensión. Limitarse a entonar cantos a la bondad y la comprensión y no inducir los matrimonios mixtos es facilitar la extensión del problema. Cuando a principios del siglo XVI, en España, se decidió absorber a los moriscos, se intentó promover, hasta económicamente, los matrimonios mixtos en los dos sentidos, pero se consiguió poco, tanto por la negativa feroz de los conversos a entregar sus hijas a cristianos viejos como por las reticencias de éstos por la limpie-

Los problemas reales están en el día a día y habrá que esperar a ver cómo actúan

za de sangre. Obviamente, inducir no significa forzar. Tal vez nuestra sociedad española actual está muy necesitada de un renacimiento moral y de recuperación de la unidad. Sin embargo, es muy dudoso que el nuevo partido nos vaya a traer lo que precisamos, el rearme ético y cultural de España.

**Serafín Fanjul es catedrático de Literatura árabe en la Universidad Autónoma de Madrid.*